

maneras de cantos; no es cosa usada ni siquiera hecha otra vez la grandeza tuya que canta; no la canté por la forma que suele.—Hiciste salud de tu brazo, hiciste de tu Verbo *Jesus*; lo que es tu poder, lo que es tu mano derecha y tu fortaleza, hiciste que nos fuese medicina blanda y suave. Sacaste hecho *Jesus* á tu Hijo en los ojos de todos, pusístele en lo público, justificaste para con todo el mundo tu causa. Nadie te arguirá de que nos permitiste caer, pues nos reparaste tan bien. Nadie se te querrellará de la culpa para quien supiste ordenar tan gran medicina. Dichoso, si se puede decir, el pecar, que nos mereció tal *Jesus*. Y esto llegue hasta aquí. Vos, Sabino, justo es que remateis esta plática, como sois.» Y calló; y Sabino dijo: «El remate que conviene, vos le habeis puesto, Marcelo, con el salmo que habeis referido; lo que suelo haré yo, que es decir los versos.» Y luego dijo (a):

Alaba, oh alma, á Dios, y todo cuanto
Encueva en sí tu seno
Celebre con loor su nombre santo,
De mil grandezas lleno.
Alaba, oh alma, á Dios, y nunca olvide
Ni borre tu memoria
Sus dones en retorno á lo que pide
Tu torpe y fea historia,
Que él solo por sí solo te perdona
Tus culpas y maldades,
Y cura lo herido, y desencana
De tus enfermedades.
Él mismo de la huesa á la luz bella
Restituyó tu vida;
Cercóla con su amor, y puso en ella
Riqueza no creída,
Y en eso que te viste y te rodea
También pone riqueza;
Ansí renovarás lo que te afea,
Cual águila en belleza,
Que al fin hizo justicia y dió derecho
Al pobre saqueado;
Tal es su condiccion, su estilo y hecho,
Segun lo ha revelado.
Manifestó á Moisen sus condiciones,
En el monte subido;
Lo blando de su amor y sus perdones
A su pueblo escogido,
Y dijo: «Soy amigo y amoroso
Soportador de males,
Muy ancho de narices, muy piadoso
Con todos los mortales.»

(a) Psalm. 102.

FIN DE LOS NOMBRES DE CRISTO.

No riñe y no se amansa; no sé alrã,
Y dura siempre airado;
No hace con nosotros ni nos mira
Conforme á lo pecado;
Mas cuanto al suelo vence, y cuanto excede
El cielo reluciente,
Su amor tanto se encumbra y tanto puede
Sobre la humilde gente.
Cuan léjos de do nace el sol fenese
El soberano vuelo,
Tan léjos de nosotros desaparece
Por su perdon el duelo.
Y con aquel amor que el padre cura
Sus hijos regalados,
La vida tu piedad, y el ser procura
De tus amedrentados.
Conoces á la fin que es polvo y tierra
El hombre, y torpe lodo;
Contemplan la miseria que en sí encierra,
Y le compone todo.
Es heno su vivir, es flor temprana
Que sale y se marchita;
Un flaco soplo, una ocasion liviana,
La vida y ser le quita.
La gracia del Señor es la que dura,
Y firme persevera,
Y va de siglo en siglo su blandura
En quien en él espera.
En los que su ley guardan y sus fueros
Con viva diligencia,
En ellos, en los nietos y herederos
Por larga descendencia;
Que así do se rodea el sol lucido
Estableció su asiento,
Que ni lo que será ni lo que ha sido
Es de su imperio exento.
Pues lénte, Señor, los moradores
De tu rica morada,
Que emplean valerosos sus ardores
En lo que mas te agrada,
Y alábeta el ejército de estrellas
Que en alto resplandecen,
Que siempre en sus caminos claras, bellas,
Tus leyes obedecen.
Alábeta tus obras todas cuantas
La redondez contiene,
Los hombres y los brutos y las plantas,
Y lo que las sostiene;
Y alábeta con ellos noche y dia
También el alma mia.

Y calló. Y con este fin le tuvieron las pláticas de los nombres de Cristo, cuya es toda la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

LA PERFECTA CASADA.

A DOÑA MARIA VARELA OSORIO.

INTRODUCCION.

En que se habla de las leyes y condiciones del estado del matrimonio, y de la estrecha obligacion que corre á la casada de emplearse en el cumplimiento dellas.

ESTE nuevo estado en que Dios ha puesto á vuestra merced, sujetándola á las leyes del santo matrimonio, aunque es como camino real, mas abierto y menos trabajoso que otros, pero no carece de sus dificultades y malos pasos, y es camino adonde se estropeiza también y se peligra y yerra, y que tiene necesidad de guía como los demás; porque el servir al marido y el gobernar la familia y la crianza de los hijos, y la cuenta que juntamente con esto se debe al temor de Dios, y la guarda y limpieza de la conciencia (todo lo cual pertenece al estado y oficio de la mujer que se casa), obras son que cada una de por sí pide mucho cuidado, y que todas juntas, sin particular favor del cielo, no se pueden cumplir. En lo cual se engañan muchas mujeres, que piensan que el casarse no es mas que dejar la casa del padre y pasarse á la del marido, y salir de servidumbre y venir á libertad y regalo; y piensan que con parir un hijo de cuando en cuando, y con arrojarle luego de sí en los brazos de una ama, son cabales y perfectas mujeres. Y dado que el buen juicio de vuestra merced y la inclinacion á toda virtud, de que Dios la dotó, me aseguran, para no temer, que será como alguna destas que digo, todavía el entrañable amor que la tengo y el deseo de su bien que arde en mí, me despiertan para que la provea de algun aviso, y para que la busque y encienda alguna luz que sin engaño ni error alumbre y enderece sus pasos por todos los malos pasos de este camino, y por todas las vueltas y rodeos dél. Y como suelen los que han hecho una larga navegacion ó los que han peregrinado por lugares extraños, que á sus amigos, los que quieren emprender la misma navegacion y camino, antes que lo comiencen y antes que partan de sus casas, con diligencia y cuidado les dicen menudamente los lugares por donde han de pasar y las cosas de que se han de guardar, y los apereben de todo aquello que entienden les será necesario, así yo en esta jornada que tiene vuestra merced comenzada, la enseñaré, no lo que me enseñó á mí la experiencia pasada, porque es ajeno de

mi profesion, sino lo que he aprendido en las sagradas letras, que es enseñanza del Espíritu Santo. En las cuales, como en una tienda comun y como en un mercado público y general para el uso y provecho general de todos los hombres, pone la piedad y sabiduría divina copiosamente todo aquello que es necesario y conviene á cada un estado, y señaladamente en este de las casadas se reve y descende tanto á lo particular dél, que llega hasta, entrándose por sus casas, ponerles la aguja en la mano, y ceñirles la rueca y menearles el huso entre los dedos. Porque, á la verdad, aunque el estado del matrimonio en grado y perfeccion es menor que el de los continentes ó virgenes; pero, por la necesidad que hay dél en el mundo para que se conserven los hombres, y para que salgan dellos los que nascen para ser hijos de Dios, y para honrar la tierra y alegrar el cielo con gloria, fué siempre muy honrado y privilegiado por el Espíritu Santo en las letras sagradas; porque dellas sabemos que éste estado es el primero y mas antiguo de todos los estados, y sabemos que es vivienda, no inventada despues que nuestra naturaleza se corrompió por el pecado y fué condenada á la muerte, sino ordenada luego en el principio, cuando estaban los hombres enteros y bienaventuradamente perfectos en el paraíso. Ellas mismas nos enseñan que Dios por su persona concertó el primer casamiento que hubo, y que les juntó las manos á los dos primeros casados y los bendijo, y fué juntamente como si dijésemos el casamentero y el sacerdote. Allí vemos que la primera verdad que en ellas se escribe haber dicho Dios para nuestro enseñamiento, y la doctrina primera que salió de su boca fué la aprobacion de este ayuntamiento, diciendo: «No es bueno que el hombre esté solo (a).» Y no solo en los libros del Viejo Testamento, adonde el ser estéril era maldiccion, sino tambien en los del Nuevo, en los cuales se aconseja y como apregona generalmente, y como á son de trompeta la continencia y virginidad, al matrimonio le son hechos nuevos favores. Cristo, nuestro bien, con ser la flor de la virginidad y sumo amador de la virginidad y limpieza, es convidado á unas bodas, y se halla presente á ellas y come en ellas, y las santifica, no solamente con

(a) Genes., cap. 2, v. 18.

la majestad de su presencia, sino con uno de sus primeros y señalados milagros (a). El mismo, habiéndose enflaquecido la ley conyugal, y como alojándose en cierta manera el estrecho nudo del matrimonio, y habiendo dado entrada los hombres á muchas cosas ajenas de la limpieza y firmeza y unidad que se le debe; así que, habiéndose hecho el tomar un hombre mujer pocas que recibir una moza de servicio á soldada por el tiempo que bien le estuviere, el mismo Cristo, entre las principales partes de su doctrina, y entre las cosas para cuyo remedio había sido enviado de su Padre, puso también el reparo deste vínculo santo, y así le restituyó en el antiguo y primero grado (b). Y, lo que sobre todo es, hizo del casamiento, que tratan los hombres entre sí, significación y sacramento santísimo del lazo de amor con que él se ayunta á las almas, y quiso que la ley matrimonial del hombre con la mujer fuese como retrato é imagen viva de la unidad dulcísima y estrechísima que hay entre él y su Iglesia (c); y así, ennoblesció el matrimonio con riquísimos dones de su gracia y de otros bienes del cielo. De arte (d) que el estado de los casados es estado noble y santo y muy preciado de Dios, y ellos son avisados muy en particular y muy por menudo de lo que les conviene en las sagradas letras por el Espíritu Santo, el cual, por su infinita bondad, no se desdena de poner los ojos en nuestras bajezas, ni tiene por vil ó menuda ninguna cosa de las que á nuestro provecho hacen. Pues, entre otros muchos lugares de los divinos libros que tratan de esta razón, el lugar mas propio y adonde está como recapitulado, ó todo ó lo mas que á este negocio en particular pertenece, es el último capítulo de los *Proverbios*, adonde Dios, por boca de Salomon, rey y profeta suyo, y como debajo de la persona de una mujer, madre del mismo Salomon, cuyas palabras él pone y refiere, con hermosas razones pinta acabadamente una virtuosa casada con todos sus colores y partes; para que las que lo pretenden ser (y débenlo pretender todas las que se casan) se miren en ella como en un espejo clarísimo, y se avisen, mirándose allí, de aquello que les conviene para hacer lo que deben. Y así, conforme á lo que suelen hacer los que saben de pintura y muestran algunas imágenes de excelente labor á los que no entienden tanto del arte, que les señalan los léjos y lo que está pintado como cercano, y les declaran las luces y las sombras y la fuerza del escorzado, y con la destreza de las palabras hacen que lo que en la tabla parecía estar muerto, viva ya y casi bulla y se menee en los ojos de los que lo miran, ni mas ni menos, mi oficio en esto que escribo será presentar á vuestra merced esta imagen que he dicho labrada por Dios, y ponerla delante la vista y señalarle con las palabras, como con el dedo, cuanto en mí fuere, sus hermosas figuras con todas sus perfecciones, y hacerle que vea claro lo que con grandísimo artificio el saber y mano de Dios puso en ella encubierto. Pero antes que venga á esto, que es declarar las leyes y condiciones que tiene sobre sí la casada, será bien que entienda vuestra merced la estrecha obligación que tiene á emplearse en el cumpli-

(a) Job, cap. 2. (b) Math., cap. 19. (c) Ad ephes., cap. 5. (d) Vale lo mismo que, de modo, ó que, de suerte.

miento dellas, aplicándose toda á ellas con ardiente deseo. Porque, como en cualquier otro negocio y oficio que se pretende, para salir bien con él son necesarias dos cosas: la una, el saber lo que es, y las condiciones que tiene, y aquello en que principalmente consiste; y la otra, el tenerle verdadera afición; así en esto que vamos tratando, primero que hablemos con el entendimiento y le descubramos lo que este oficio es, con todas sus cualidades y partes, convendrá que inclinemos la voluntad á que ame el saberlas y á que sabidas, se quiera aplicar á ellas. En lo cual no pienso gastar muchas palabras, ni para con vuestra merced, que es de su natural inclinada á bueno, será menester, porque al que teme á Dios, para que desee y procure satisfacer á su estado bástale saber que Dios se lo manda, y que lo propio y particular que pide á cada uno es, que responda á las obligaciones de su oficio, cumpliendo con la suerte que le ha cabido, y que si en esto falta, aunque en otras cosas se adelante y señale, le ofende. Porque, como en la guerra el soldado que desampara su puesto no cumple con su capitán, aunque en otras cosas le sirva, y como en la comedia silban los miradores al que es malo en la persona que representa, aunque en la suya sea muy bueno; así los hombres que se descuidan de sus oficios, aunque en otras virtudes sean cuidadosos, no contentan á Dios. ¿Tendría vuestra merced por su cocinero y daríale su salario al que no supiese salar una olla y tocarse bien un *discante* (e)? Pues así no quiere Dios en su casa al que no hace el oficio en que le pone. Dice Cristo en el Evangelio que «cada uno tome su cruz» (f); no dice que tome la ajena, sino manda que cada uno se cargue de la suya propia. No quiere que la religiosa se olvide de lo que debe al ser religiosa y se cargue de los cuidados de la casada, ni le place que la casada se olvide del oficio de su cosa y se torne monja. El casado agrada á Dios en ser buen casado, y en ser buen religioso el fraile, y el mercader en hacer debidamente su oficio, y aun el soldado sirve á Dios en mostrar en los tiempos debidos su esfuerzo, y en contentarse con su sueldo, como lo dice san Juan (g). Y la cruz que cada uno ha de llevar y por donde ha de llegar á juntarse con Cristo, propiamente es la obligación y la carga que cada uno tiene por razón del estado en que vive; y quien cumple con ella, cumple con Dios y sale con su intento, y queda honrado é ilustre, y como por el trabajo de la cruz alcanza el descanso que merece. Mas al revés, quien no cumple con esto, aunque trabaje mucho en cumplir con los oficios que él se toma por su voluntad, pierde el trabajo y las gracias. Mas es la ceguedad de los hombres tan miserable y tan grande, que con no haber duda en esta verdad, como si fuera al revés y como si nos fuera vedado el satisfacer á nuestros oficios y el ser aquellos mismos que profesamos ser; así tenemos enemistad con ellos y huimos dellos, y metemos todas las velas de nuestra industria y cuidado en hacer los ajenos. Porque verá vuestra merced algunas personas de profesión religiosas, que, como si fuesen casadas, todo su cuidado es gobernar las casas de sus deudos ó de otras

(e) Especie de guitarra pequeña, que comunmente se llama tiple. (f) Luc., cap. 14, v. 27. (g) Ibid., cap. 3, v. 14.

personas, que ellas por su voluntad han tomado á su cargo, y que si se recibe ó se despide el criado, ha de ser por su mano dellas, y si se cuelga la casa en invierno, lo mandan ellas primero; y por el contrario, en las casadas hay otras que, como si sus casas fuesen de sus vecinas, así se descuidan dellas, y toda su vida es el oratorio y el devocionario, y el calentar el suelo de la iglesia tarde y mañana, y piérdese entre tanto la moza, y cobra malos siniestros la hija, y la hacienda se hunde, y vuélvese demonio el marido. Y si el seguir lo que no son les costase menos trabajo que el cumplir con aquello que deben ser, tendrían estas algun color de disculpa, ó si habiéndose desvelado mucho en aquello que escogen por su querer, saliesen perfectamente con ello, era consuelo en alguna manera; pero es al revés, que ni el religioso, aunque mas trabaje, gobernará como se debe la vida del hombre casado, ni jamás el casado llegará á aquello que es ser religioso; porque, así como la vida del monasterio y las leyes y observancias y todo el trato y asiento de la vida monástica favorece y ayuda al vivir religioso, para cuyo fin todo ello se ordena, así al que, siendo fraile, se olvida del fraile y se ocupa en lo que es el casado, todo ello le es estorbo y embarazo muy grave. Y como sus intentos y pensamientos y el blanco adonde se enderezan no es monasterio; así estropeiza y ofende en todo lo que es monasterio, en la portería, en el claustro, en el coro y silencio, en la aspereza y humildad de la vida; por lo cual le conviene, ó desistir de su porfía loca, ó romper por medio de un escuadrón de duras dificultades, y subir, como dicen, el agua por una torre. Por la misma manera, el estilo de vivir de la mujer casada, como la convida y alienta á que se ocupe en su casa, así por mil partes la retrae de lo que es ser monja ó religiosa; y así los unos y los otros, por no querer hacer lo que propiamente les toca, y por quererse señalar en lo que no les atañe, faltan á lo que deben y no alcanzan lo que pretenden, y trabajan incomparablemente mas de lo que fuera si trabajaran en hacerse perfectos cada uno en su oficio, y queda su trabajo sin fruto y sin luz. Y como en la naturaleza los monstruos que nacen con partes y miembros de animales diferentes no se conservan ni viven, así esta monstruosidad de diferentes estados en un compuesto, el uno en la profesion y el otro en las obras, los que la siguen no se logran en sus intentos; y como la naturaleza aborrece los monstruos, así Dios huye destes y los abomina. Y por esto decía en la ley vieja que ni en el campo se pusiesen semillas diferentes, ni en la tela fuese la trama de uno y estambre de otro (a), ni menos se le ofreciese en sacrificio el animal que hiciese vivienda en agua y en tierra (b). Pues asiente vuestra merced en su corazón con entera firmeza que el ser amiga de Dios es ser buena casada, y que el bien de su alma está en ser perfecta en su estado, y que el trabajar en ello y el desvelarse es ofrecer á Dios un sacrificio aceptísimo de sí misma. Y no digo yo, ni me pasa por pensamiento, que el casado ó alguno han de carecer de oración, sino digo la diferencia que ha de haber entre las buenas religiosas y casada; porque en aquella el

(a) Lev., cap. 19, v. 9. (b) Deuter., cap. 14.

orar es todo su oficio, en esta ha de ser medio el orar para que mejor cumpla su oficio. Aquella no quiso el marido y negó el mundo y despidióse de todos, para conversar siempre y desembarazadamente con Cristo; esta ha de tratar con Cristo para alcanzar del gracia y favor con que acierte á criar el hijo y á gobernar bien la casa y á servir como es razón al marido. Aquella ha de vivir para orar continuamente, esta ha de orar para vivir como debe. Aquella aplaca á Dios regalándose con él, esta le ha de servir trabajando en el gobierno de su casa por él. Mas considere vuestra merced cómo reluce aquí la grandeza de la divina bondad, que se tiene por servido de nosotros con aquello mismo que es provecho nuestro. Porque á la verdad, cuando no hubiera otra cosa que inclinara la casada á hacer el deber, sino es la paz y sosiego y gran bien que en esta vida sacan é interesan las buenas de serlo, esto solo bastaba; porque sabida cosa es, que cuando la mujer asiste á su oficio, el marido la ama, y la familia anda en concierto, y aprenden virtud los hijos, y la paz reina, y la hacienda cresce. Y como la luna llena en las noches serenas se goza rodeada y como acompañada de clarísimas lumbres, las cuales todas parece que avivan sus luces en ella, y que la remiran y reverencian; así la buena en su casa reina y resplandece, y convierte á sí juntamente los ojos y los corazones de todos. El descanso y la seguridad la acompaña adonde quiera que endereza sus pasos, y á cualquiera parte que mira encuentra con el alegría y con el gozo; porque si pone en el marido los ojos, descansa en su amor; si los vuelve á sus hijos, alégrase con su virtud, halla en los criados bueno y fiel servicio, y en la hacienda provecho y acrecentamiento, y todo le es gustoso y alegre, como al contrario, á la que es mala casera todo se le convierte en amarguras, como se puede ver por infinitos ejemplos. Pero no quiero detenerme en cosa por nuestros pecados tan clara, ni quiero sacar á vuestra merced de su mismo lugar. Vuelva los ojos por sus vecinos y naturales, y revuelva en su memoria lo que de otras casas ha oído. ¿De cuántas mujeres sabe que por no tener cuenta con su estado y tenerla con sus antojos, están con sus maridos en perpétua lid y desgracia? ¿Cuántas ha visto lastimadas y afeadas con los desconciertos de sus hijos y hijas, con quien no quisieron tener cuenta? Cuántas lacerarán en extrema pobreza porque no atendieron á la guarda de sus haciendas, ó por mejor decir, porque fueron la perdición y la polilla de ellas? Ello es así que no hay cosa mas rica ni mas feliz que la buena mujer, ni peor ni mas desastrada que la casada que no lo es; y lo uno y lo otro nos enseña la Sagrada Escritura. De la buena dice así: «El marido de la mujer buena es dichoso y vivirá doblados días, y la mujer de valor pone en su marido descanso, y cerrará los años de su vida con paz. La mujer buena es suerte buena, y como premio de los que temen á Dios, la dará Dios al hombre por sus buenas obras (c). El bien de la mujer diligente deleitará á su marido y hinchará de grosura sus huesos. Don grande de Dios es el trato bueno suyo (d); bien sobre bien y hermosura sobre hermosura es una mujer que es santa y ho-

(c) Ecclesiast., cap. 26, v. 1, 2, 3. (d) Ibid., v. 16, 17.

nesta. Como el sol que nace, parece en las alturas del cielo; así el rostro de la buena adorna y hermosea su casa (a).» Y de la mala dice por contraria manera: «La celosa es dolor de corazón y llanto continuo (b), y el tratar con la mala es tratar con los escorpiones (c). Casa que se llueve es la mujer rencillosa (d), y lo que turba la vida es casarse con una aborrecible (e). La tristeza del corazón es la mayor herida, y la maldad de la mujer es todas las maldades. Toda llaga, y no de corazón; todo mal, y no mal de mujer (f). No hay cabeza peor que la cabeza de la culebra, ni ira que iguale á la de la mujer enojada. Vivir con leones y con dragones mas es pasadero que hacer vida con la mujer que es malvada (g). Todo mal es pequeño en comparación de la mala; á los pecadores les caiga tal suerte. Cual es la subida arenosa para los piés ancianos, tal es para el modesto la mujer deslenguada (h). Quebranto de corazón y llaga mortal es la mala mujer. Cortamiento de piernas y descamiento de manos es la mujer que no da placer á su marido. La mujer dió principio al pecado, y por su causa morimos todos (i), y por esta forma otras muchas razones.» Y acontece en esto una cosa maravillosa, que siendo las mujeres de su cosecha gente de gran pundonor, apetitosas de ser preciadas y honradas, como son todos los de ánimo flaco, y gustando de vencerse entre sí unas á otras aun en cosas menudas y de niñería, no se precian, antes se descuidan y olvidan, de lo que es su propia virtud y loa. Gusta una mujer de parecer mas hermosa que otra, y aun si su vecina tiene mejor basquiña, ó si por ventura saca mejor invención de tocado, no lo pone á paciencia; y si en el ser mujer de su casa le hace ventaja, no se acuita ni se duele, antes hace caso de honra sobre cualquier menudencia, y solo aquesto no estima. Como sea así que el ser vencida en aquello no le daña, y el no vencer en esto la destruye, con ser así que aquello no es su culpa y aquesto destruye todo el bien suyo y de su casa; y con ser así que el loor que por aquello se alcanza, es ligero y vano loor, y loor que antes que nazca perece, y tal, que si hablamos con verdad, no merece ser llamado loor, y por el contrario, la alabanza maciza y que tiene verdaderas raíces, y que florece por las bocas de los buenos juicios, y que no se acaba con la edad ni con el tiempo se gasta, antes con los años crece, y la vejez la renueva, y el tiempo la esfuerza, y la eternidad se espeja en ella, y la envía mas viva siempre y mas fresca por mil vueltas de siglos. Porque á la buena mujer su familia la reverencia, y sus hijos la aman, y su marido la adora, y los vecinos la bendicen, y los presentes y los venideros la alaban y ensalzan. Y á la verdad, si hay debajo de la luna cosa que merezca ser estimada y preciada, es la mujer buena; y en comparación della el sol mismo no luce, y son oscuras las estrellas, y no sé yo joya de valor ni de loor que así levante y hermosee con claridad y resplandor á los hombres, como es aquel tesoro de inmortales bienes de honestidad, de dulzura, de fe, de verdad, de amor, de

(a) Ecclesiast., v. 19, 21. (b) Ibid., c. 26, v. 8. (c) Ibid., v. 10. (d) Proverb., cap. 19, v. 13. (e) Ibid., cap. 30, v. 25. (f) Ecclesiast., cap. 25, v. 17, 18, 19. (g) Ibid., v. 22, 23. (h) Ibid., v. 26, 27. (i) Ibid., v. 31, 32, 35.

piEDAD y regalo, de gozo y de paz, que encierra y contiene en sí una buena mujer cuando se la da por compañera su buena dicha. Que si Eurípides (l), escritor sábio, parece que á bulto dice de todas mal, y dice que si alguno de los pasados dijo mal dellas, y de los presentes lo dice, ó si lo dijeren los que vinieren despues, todo lo que dijeron y dicen y dirán, él solo quiere decir y dice. Así que, si esto dice, no lo dice en su persona, y la que lo dice tiene justa disculpa en haber sido Medea la ocasion de que lo dijese. Mas, ya que habemos llegado aquí, razon es que callen mis palabras, y que comiencen á sonar las del Espíritu-Santo, el cual en la doctrina de las buenas mujeres, que pone en los Proverbios (m), y yo ofrezco ahora aquí á vuestra merced, comienza destos mismos loores en que yo ahora acabo, y dice en pocas razones lo que ninguna lengua pudiera decir en muchas; y dice desta manera:

§. I.

Algunas advertencias del autor para entrar á tratar de la materia.

¿Quién hallará mujer de valor? Raro y extremado es su precio (n).

Pero antes que comencemos, nos conviene presuponer que en este capítulo el Espíritu Santo así es verdad que pinta una buena casada, declarando las obligaciones que tiene, que también dice y significa, y como encubre debajo desta pintura, cosas mayores y de mas alto sentido, que pertenescen á toda la Iglesia. Porque se ha de entender que la Sagrada Escritura, que es habla de Dios, es como una imágen de la condicion y naturaleza de Dios. Y así como la divinidad es juntamente una perfeccion sola y muchas perfecciones diversas; una en sencillez, y muchas en valor y eminencia; así la Santa Escritura por unas mismas palabras dice muchas y diferentes razones, y como lo enseñan los santos, en la sencillez de una misma sentencia encierra gran preñez de sentidos. Y como en Dios todo lo que hay es bueno, así en su Escritura todos los sentidos que puso en ella el Espíritu Santo son verdaderos. Por manera que el seguir él un sentido no es desechar el otro, ni menos el que en estas sagradas letras, entre muchos y verdaderos entendimientos que tienen, descubre uno dellos y le declara, no por eso ha de ser tenido por hombre que deseche los otros entendimientos. Pues digo que en este capítulo, Dios, por la boca de Salomon, por unas mismas palabras hace dos cosas. Lo uno instruye y ordena las costumbres, lo otro profetiza misterios secretos. Las costumbres que ordena son de la casada; los misterios que profetiza son ingenio, y las condiciones que habia de poner en su Iglesia, de quien habla como en figura de una mujer de su casa. En esto postrero da luz á lo que se ha de creer, en lo primero enseñalo que se ha de obrar. Y porque aquesto solo es lo que hace ahora á nuestro propósito, por eso hablarémos dello aquí solamente, y procuraremos cuanto nos fuere posible sacar á luz y poner como delante de los ojos todo lo que hay en esta imágen de virtud que Dios aquí pinta. Dice pues:

(l) In Hecuba. (m) Proverb., cap. 31. (n) Ibid., cap. 31, v. 10.

§. II.

Cuánto es menester para que una mujer sea perfecta, y lo que debe procurarlo ser la que es casada.

Mujer de valor ¿quién la hallará? Raro y extremado es su precio (a).

Propone luego al principio aquello de que ha de decir, que es la doctrina de una mujer de valor, esto es, de una perfecta casada, y lo que propone, ó, por mejor decir, propone loándolo, para despertar desde luego y encender en ellas aqueste deseo honesto y virtuoso. Y porque tuviese mayor fuerza el encarecimiento, pónelo por vía de pregunta, diciendo: «Mujer de valor ¿quién la hallará?» Y en preguntarlo y decirlo así, dice que es dificultoso el hallarla, y que son pocas las tales. Y así, la primera loa que da á la buena mujer, es decir della que es cosa rara, que es lo mismo que llamarla preciosa y excelente cosa, y digna de ser muy estimada, porque todo lo raro es precioso. Y que sea aqueste su intento, por lo que luego añade se ve: «Alejado y extremado, dice, es su precio.» O como dice el original en el mismo sentido: «Mas y allende, y muy alejado sobre las piedras preciosas el precio suyo.» De manera que el hombre que acertare con una mujer de valor se puede desde luego tener por rico y dichoso, entendiendo que ha hallado una piedra oriental, ó un diamante finísimo, ó una esmeralda, ó otra alguna piedra preciosa de inestimable valor. Así que, esta es la primera alabanza de la buena mujer, decir que es dificultosa de hallar. Lo cual, así es alabanza de las buenas, que es aviso para conocer generalmente la flaqueza de todas. Porque no seria mucho ser una buena si hubiese muchas buenas, ó si en general no fuesen muchos sus siniestros malos. Los cuales son tantos, á la verdad, y tan extraordinarios y diferentes entre sí, que con ser un linaje y especie, parecen de diversas especies. Que como, burlando en esta materia, ó Foelides ó Simónides solía decir (b), en ellas solas se ven el ingenio y las mañas de todas las suertes de cosas, como si fueran de su linaje; que unas hay cerriles y libres como caballos, y otras resabidas como raposas, otras labradoras, otras mudables á todos colores, otras pesadas, como hechas de tierra, y por estola que entre tantas diferencias de mal acierta á ser buena, merece ser alabada mucho. Mas veamos por qué causa el Espíritu Santo á la buena mujer la llama mujer de valor, y despues verémos con cuánta propiedad la compara y antepone á las piedras preciosas. Lo que aquí decimos mujer de valor, y pudiéramos decir mujer varonil, como Sócrates, acerca de Jenofon (c), llama á las casadas perfectas; así que esto decimos varonil ó valor, en el original es una palabra de grande significacion y fuerza, y tal, que apenas con muchas muestras se alcanza todo lo que significa. Quiere decir virtud de ánimo y fortaleza de corazón, industria y riquezas y poder y aventajamiento; y finalmente, un ser perfecto y cabal en aquellas cosas á quien esta palabra se aplica; y todo esto atesora en sí la que es buena

(a) Proverb., cap. 31, v. 10. (b) Apud Stobaeum, serm. 73. (c) Memorabil. sive De administratione domestica, lib. v.

mujer, y no lo es si no lo atesora. Y para que entendamos que es esto verdad, la nombra el Espíritu Santo con este nombre, que encierra en sí tanta variedad de tesoro. Porque, como la mujer sea de su natural flaca y deleznable mas que ningun otro animal, y de su costumbre é ingenio una cosa quebradiza y melindrosa; y como la vida casada sea vida sujeta á muchos peligros, y donde se ofrecen cada día trabajos y dificultades muy grandes, y vida ocasionada á continuos desabrimientos y enojos, y como dice san Pablo (d), vida adonde anda el ánimo y el corazón dividido y como enajenado de sí, acudiendo á los hijos, ahora á los hijos, ahora á la familia y hacienda; para que tanta flaqueza salga con victoria de contienda tan dificultosa y tan larga, menester es que la que ha de ser buena casada esté cercada de un tan noble escuadrón de virtudes, como son las virtudes que habemos dicho y las que en sí abraza la propiedad de aquel nombre. Porque lo que es harto para que un hombre salga bien con el negocio que emprende, no es bastante para que una mujer responda como debe á su oficio; y cuanto el sugeto es mas flaco, tanto para arribar con una carga pesada tiene necesidad de mayor ayuda y favor. Y como cuando en una materia dura y que no se rinde al hierro ni al arte vemos una figura perfectamente esculpida, decimos y conocemos que era perfecto y extremado en su oficio el artifice que la hizo, y que con la ventaja de su artificio venció la dureza no domable del sugeto duro; así, y por la misma manera, el mostrarse una mujer la que debe entre tantas ocasiones y dificultades de vida, siendo de suyo tan flaca, es clara señal de un caudal de rarísima y casi heroica virtud. Y es argumento evidente que cuanto en la naturaleza es mas flaca, tanto en valor del ánimo y en su virtud es mayor y mas aventajada. Y esta misma es la causa también por donde, como lo vemos por la experiencia, y como la historia nos lo enseña en no pocos ejemplos, cuando alguna mujer acierta á señalarse en algo de lo que es de loor, vence en ello á muchos hombres de los que se dan á lo mismo. Porque cosa de tan poco ser como es esto que llamamos mujer, nunca ni emprende ni alcanza cosa de valor ni de ser, sino es porque la inclina á ello y la despierta y alienta alguna fuerza de increíble virtud que ó el cielo ha puesto en su alma ó algun don de Dios singular. Que pues vence su natural, y sale, como rio, de madre, debemos necesariamente entender que tiene en sí grandes acogidas de bien. Por manera que con grandísima verdad y significacion de loor el Espíritu Santo, á la mujer buena no la llamó como quiera buena, ni dijo ó preguntó: ¿Quién hallará una buena mujer? sino llamóla mujer de valor, y usó en ello de una palabra tan rica y tan significativa como es la original que dijimos, para decirnos que la mujer buena es mas que buena, y que esto que nombramos bueno, es una medianía de hablar que no allega á aquello excelente que ha de tener y tiene en sí la buena mujer; y que para que un hombre sea bueno le basta un bien mediano, mas en la mujer ha de ser negocio de muchos y muy subidos quilates, porque no es obra de cualquier

(d) 1. Ad corinth., cap. 7, v. 34.

oficial, ni lance ordinario, ni bien que se halla adóquiera, sino artificio *primo* (a) y bien incomparable, ó por mejor decir, un amontonamiento de riquísimos bienes. Y este es el primer loor que le da el Espíritu Santo, y con este viene como nacido el segundo, que es compararla á las piedras preciosas. En lo cual, como en una palabra, acaba de decir cabalmente todo lo que en esto de que vamos hablando se encierra. Porque, así como el valor de la piedra preciosa es de subido y extraordinario valor, así el bien de una mujer buena tiene subidos quilates de virtud; y como la piedra preciosa en sí es poca cosa, y por la grandeza de la virtud secreta cobra gran precio, así lo que en el sugeto flaco de la mujer pone estima de bien, es grande y raro bien; y como en las piedras preciosas la que no es muy fina no es buena, así en las mujeres no hay medianía, ni es buena la que no es mas que buena; y de la misma manera que es rico un hombre que tiene una preciosa esmeralda ó un rico diamante, aunque no tenga otra cosa, y el poseer estas piedras no es poseer una piedra, sino poseer en ella un tesoro abreviado; así una buena mujer no es una mujer, sino un monton de riquezas, y quien la posee es rico con ella sola, y sola ella puede hacer bienaventurado y dichoso; y del modo que la piedra preciosa se trae en los dedos y se pone delante los ojos, y se asienta sobre la cabeza para hermosura y honra della, y el dueño tiene allí juntamente arreo en la alegría y socorro en la necesidad; ni mas ni menos á la buena mujer el marido la ha de querer mas que á sus ojos y la ha de traer sobre su cabeza, y el mejor lugar del corazon dél ha de ser suyo, ó por mejor decir, todo su corazon y su alma, y ha de entender que en tenerla tiene un tesoro general para todas las diferencias de tiempos, y que es varilla de virtud, como dicen, que en toda sazón y coyuntura responderá con su gusto y le hinchará su deseo, y que en la alegría tiene en ella compañía dulce con quien acrecentará su gozo, comunicándolo, y en la tristeza amoroso consuelo, y en las dudas consejo fiel, y en los trabajos regalo, y en las faltas socorro, y medicina en las enfermedades, acrecentamiento para su hacienda, guarda de su casa, maestra de sus hijos, provisor de sus excesos; y finalmente, en las veras y burlas, en lo próspero y adverso, en la edad florida y en la vejez cansada, y por el proceso de toda la vida, dulce amor y paz y descanso. Hasta aquí llegan las alabanzas que da Dios á aquesta mujer; veamos ahora lo que despues desto se sigue.

§. III.

Qué confianza ha de engendrar la buena mujer en el pecho del marido, y de cómo pertenece al oficio de la casada la guarda de la hacienda, que consiste en que no sea gastadora.

Confía en ella el corazon de su marido, no le harán mengua los despojos (b).

Despues que ha propuesto el sugeto de su razón, y nos ha aficionado á él, alabándolo, comienza á especificar las buenas partes dél, y aquello de que se compone y perficiona, para que asentando los piés las mujeres en aquestas pisadas y siguiendo estos pasos, lle-

(a) Es lo mismo que excelente ó primoroso. (b) Vers. 11.

guen á lo que es una perfecta casada. Y porque la perfeccion del hombre, en cualquier estado suyo, consiste principalmente en el bien obrar, por eso el Espíritu Santo no pone aquí por partes de esta perfeccion de que habla sino solamente las obras loables á que está obligada la casada que pretende ser buena; y la primera es, que ha de engendrar en el corazon de su marido una gran confianza; pero es de ver cuál sea y de qué esta confianza que dice; porque pensarán algunos que es la confianza que ha de tener el marido de su mujer, que es honesta; y aunque es verdad que con su bondad la mujer ha de alcanzar de su marido esta buena opinion, pero á mi parecer, el Espíritu Santo no trata aquí de ello, y la razón por qué no lo trata es justísima; lo primero, porque su intento es componernos aquí una casada perfecta, y el ser honesta una mujer no se cuenta ni debe contar entre las partes de que esta perfeccion se compone, sino antes es como el sugeto sobre el cual todo este edificio se funda, y para decirlo en una palabra, es como el ser y la sustancia de la casada; porque si no tiene esto, no es ya mujer, sino alevosa ramera y vilísimo cieno y basura la mas hedionda de todas y la mas despreciada. Y como en el hombre, ser dotado de entendimiento y razón no pone en él lo, porque tenerlo es su propia naturaleza, mas si le faltase por caso, el faltarle pondría en él mengua grandísima; así la mujer no es tan loable por ser honesta, cuanto es torpe y abominable si no lo es. De manera que el Espíritu Santo en este lugar no dice á la mujer que sea honesta, sino presupone que ya lo es, y á la que así es, en señal de lo que le falta y lo que ha de añadir para ser acabada y perfecta. Porque, como arriba dijimos, esto todo que aquí se refiere es como hacer un retrato ó pintura, adonde el pintor no hace la tabla, sino en la tabla que le ofrecen y dan pone él los perfiles ó induce despues los colores, y levantando en sus lugares las luces y bajando las sombras adonde conviene, trae á debida perfeccion su figura. Y por la misma manera Dios, en la honestidad de la mujer, que es como la tabla, la cual presupone por hecha y derecha, añade ricas colores de virtud, todas aquellas que son necesarias para acabar una tan hermosa pintura. Y sea esto lo primero. Lo segundo, porque no habla aquí Dios de lo que toca á esta fe, es porque quiere que este negocio de honestidad y limpieza lo tengan las mujeres tan asentado en su pecho, que ni aun piensen que puede ser lo contrario. Y como dicen de Solon, el que dió leyes á los atenienses, que señalando para cada maleficio sus penas, no puso castigo para el que diese muerte á su padre, ni hizo memoria deste delito, porque dijo que no convenia que tuviesen por posible los hombres, ni por acontecedero, un mal semejante; así por la misma razón no trata aquí Dios con la casada que sea honesta y fiel, porque no quiere que le pase aun por la imaginación que es posible ser mala. Porque, si va á decir la verdad, ramo de deshonestidad es en la mujer casta el pensar que puede no serlo, ó que en serlo hace algo que le deba ser agradecido. Que como á las aves les es naturaleza el volar, así las casadas han de tener por dote natural, en que no puede haber quiebra, el ser buenas y honestas, y han de estar persuadidas,

que lo contrario es suceso aborrescible y de desventura y hecho monstruoso, ó por mejor decir, no han de imaginar que puede suceder lo contrario mas que ser el fuego frío ó la nieve caliente. Entendiendo que el quebrar la mujer á su marido la fe es perder las estrellas su luz, y caerse los cielos, y quebrantar sus leyes la naturaleza, y volverse todo en aquella confusión antigua y primera. Ni tampoco ha de ser esto, como algunas lo piensan, que con guardar el cuerpo entero al marido, en lo que toca á las pláticas y á otros ademanes y obrecillas menudas se tienen por libres; porque no es honesta la que no lo es y parece. Y cuanto está lejos del mal, tanto de la imagen ó semeja dél ha de estar apartada. Porque, como dijo bien un poeta latino, aquella sola es casta en quien ni la fama mintiendo osa poner mala nota. Y cierto, como al que se pone en el camino de Santiago, aunque á Santiago no llegue, ya le llamamos romero; así sin duda es principada ramera la que se toma licencia para tratar destas cosas, que son el camino. Pero si no es esto, ¿qué confianza es la de que Dios habla en este lugar? En lo que luego dice se entiende, porque añade: «No le harán mengua los despojos.» Llama despojos lo que en español llamamos alhajas y aderezo de casa, como algunos entienden, ó como tengo por mas cierto, llama despojos las ganancias que se adquieren por vía de mercancías. Porque se ha de entender que los hombres hacen renta y se sustentan y viven ó de la labranza del campo ó del trato ó contratación con otros hombres. La primera manera de renta es ganancia inocente y santa ganancia, porque es puramente natural, así porque en ella el hombre come de su trabajo, sin que dañe ni injurie, ni traiga á costa ó menoscabo á ninguno, como tambien porque en la manera como á las madres es natural mantener con leche á los niños que engendran, y aun á ellos mismos, guiados por su inclinación, les es tambien natural el acudir luego á los pechos; así nuestra naturaleza nos lleva é inclina á sacar de la tierra, que es madre y engendradora nuestra comun, lo que conviene para nuestro sustento. La otra ganancia y manera de adquirir, que saca fruto y se enriquece de las haciendas ajenas, ó con voluntad de sus dueños, como hacen los mercaderes y los maestros y artífices de otros oficios, que venden sus obras, ó por fuerza y sin voluntad, como acontece en la guerra, es ganancia poco natural y adonde las mas veces interviene alguna parte de injusticia y de fuerza, y ordinariamente dan con disgusto y desabrimento aquello que dan las personas con quien se granjea. Por lo cual, todo lo que en esta manera se gana es en este lugar llamado despojos por conveniente razón. Porque de lo que el mercader hinche su casa, el otro que contrata con él queda vacío y despojado, y aunque no por vía de guerra, pero como en guerra, y no siempre muy justa. Pues dice ahora el Espíritu Santo que la primera parte y la primera obra con que la mujer casada se perficiona, es con hacer á su marido confiado y seguro que teniéndola á ella, para tener su casa abastada y rica no tiene necesidad de correr la mar, ni de ir á la guerra, ni de dar sus dineros á logro, ni de enredarse en tratos viles é injustos, sino que con labrar él sus heredades,

cogiendo su fruto, y con tenerla á ella por guarda y por beneficiadora de lo cogido, tiene riqueza bastante. Y que pertenezca al oficio de la casada, y que sea parte de su perfeccion aquesta guarda é industria, demás de que el Espíritu Santo lo enseña, tambien lo demuestra la razón. Porque cierto es que la naturaleza ordenó que se casasen los hombres, no solo para fin que se perpetuasen en los hijos el linaje y nombre dellos, sino tambien á propósito de que ellos mismos en sí y en sus personas se conservasen; lo cual no les era posible, ni al hombre solo por sí, ni á la mujer sin el hombre; porque para vivir no basta ganar hacienda, si lo que se gana no se guarda; que si lo que se adquiere se pierde, es como si no se adquiriese. Y el hombre que tiene fuerzas para desvolver la tierra y para romper el campo, y para discurrir por el mundo y contratar con los hombres, negociando su hacienda, no puede asistir á su casa, á la guarda della, ni lo lleva su condicion; y al revés la mujer, que por ser de natural flaco y frio, es inclinada al sosiego y á la escasez, y es buena para guardar, por la misma causa no es buena para el sudor y trabajo del adquirir. Y así, la naturaleza, en todo proveida, los ayuntó, para que, prestando cada uno dellos al otro su condicion, se conservasen juntos los que no se pudieran conservar apartados. Y de inclinaciones tan diferentes, con arte maravillosa, y como se hace en la música, con diversas cuerdas hizo una provechosa y dulce armonía, para que cuando el marido estuviera en el campo la mujer asista á la casa, y conserve y endure el uno lo que el otro cogiere. Por donde dice bien un poeta que los fundamentos de la casa son la mujer y el buey: el buey para que are, y la mujer para que guarde. Por manera que su misma naturaleza hace que sea de la mujer este oficio, y la obliga á esta virtud y parte de su perfeccion, como á parte principal y de importancia. Lo cual se conoce por los buenos y muchos efectos que hace; de los cuales es uno el que pone aquí Salomon cuando dice que confía en ella el corazon de su marido, y que no le harán mengua los despojos. Que es decir que con ella se contenta con la hacienda que heredó de sus padres, y con la labranza y frutos della, y que ni se adeuda, ni menos se enlaza con el peligro y desasosiego de otras granjerías y tratos, que por do quiera que se mire, es grandísimo bien. Porque, si vamos á consciencia, vivir uno de su patrimonio es vida inocente y sin pecado, y los demás tratos por maravilla carecen dél. Si al sosiego, el uno descansa en su casa, el otro lo mas de la vida en los mesones y en los caminos. La riqueza del uno no ofende á nadie, la del otro es murmurada y aborrecida de todos. El uno come de la tierra, que jamás se cansa ni enoja de comunicarnos sus bienes; al otro desámanle esos mismos que le enriquecen. Pues si miramos la honra, cierto es que no hay cosa ni mas vil ni mas indigna del hombre que el engañar y el mentir, y cierto es que por maravilla hay trato destes que carezca de engaño. ¿Qué diré de la institucion de los hijos, y de la orden de la familia, y de la buena disposicion del cuerpo y del ánimo, sino que toda va por la misma manera? Porque necesaria cosa es que quien anda ausente de su casa, halle en ella muchos descon-